EL MUSEO UNIVERSAL.

NÚM. 23. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por numeros sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 3 DE JUNIO DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

AÑO IV.

REVISTA DE LA SEMANA.

Segun los últimos partes recibidos acerca de los sucesos de Sicilia, la insurreccion progresa cada dia mas y los insurgentes se han hecho dueños de Palermo. Sin embargo, los fuertes que dominan la ciudad y donde se han refugiado las tropas bombardearon la poblacion, y en esta tarea les auxiliaron los buques de la escuadra. Desgracia es de un pais no tener fortificaciones sino para arrasar desde ellas los edificios que parecian destinadas á proteger, y no tener escuadra mas que para volver sus cañones contra los mismos que la pagan y mantienen. Si como es de esperar Garibaldi consigue establecerse sólidamente en Palermo, la isla de Sicilia puede contarse por perdida para el rey de Nápoles; y perdida la Sicilia, el fuego de la insurreccion atravesará el Estrecho y pasará al Continente. Ademas de las razones políticas que pudieran mover á Garibaldi para llevar la revolucion á Nápoles, hay una razon de circunstancias que le obligaria á ello. El gobierno de una isla no puede sostenerse sin una escuadra á sus órdenes; Garibaldi no tiene escuadra, y por el contrario la isla se encontrará bloqueada por la de Nápoles. Será, pues, una necesidad urgente de su situacion distraer las fuerzas de sus adversarios y hacer una tentativa sobre su propio país, tentativa á la cual por otra parte las circunstancias dan alguna probabilidad de éxito.

Esto significa que la Italia ha de presenciar todavía en el verano actual grandes sucesos, y que no habiendo terminado con la paz de Villafranca sino el primer acto del gran drama á que estamos asistiendo, empieza ahora el segundo; y cuenta que la obra lleva trazas de tener como los dramas literarios modernos cinco actos muy completos y algunos cuadros.

En nuestra patria ningun acontecimiento notable ha ocurrido en la última semana. Ya dijimos que la apertura de las Córtes se habia verificado con gran aparato; en este número verán nuestros lectores el grabado que representa el coche de gala de SS. MM. y el acompañamiento. Reunidas las Córtes, las comisiones de ambos cuerpos colegisladores se ocupan en redactar el mensaje contestando al discurso de la corona y en preparar los proyectos que han de discutirse. El martes tomó el Congreso en consideracion por unanimidad una proposicion para declarar que el ejército de Africa y su caudillo han merecido bien de la patria.

El 25 á las doce del dia llegó el Ketib á Tetuan con la ratificacion de la paz. Le acompañaban varios personajes y quieren pasar á esta capital con regalos que traen para la reina, entre ellos un hermoso leon del desierto.

Síguese hablando de la ratificacion de la renuncia de Montemolin; mas ahora parece que encuentra algunas dificultades. Segun dicen los que se creen bien informados, Montemolin y su hermano no tienen inconveniente en ratificar pura y simplemente su renuncia, pero se resisten un poco á reconocer como reina á su prima doña Isabel II. Sus partidarios, sin embargo, tienen todavía esperanza de que consientan en este reconocimiento para lo cual se esfuerzan en hacerles comprender aquello del perro del hortelano, y la profunda filosofía de estos refranes: *del agua vertida algo cojida*; *mas dias hay que longanizas*, y *no se ganó Zamora en una hora, ni Sevilla en un dia*.

Si los hijos de don Cárlos llegan á venir encontrarán probablemente reformado el uniforme de los caballeros de la órden de San Juan, segun las ideas artísticas del infante don Sebastian, gran prior de dicha órden. No dudamos que con el nuevo uniforme recobrará esta su pristino esplendor, y Montemolin se alegrará de ver lo que en esta parte se ha progresado en su ausencia.

Un nuevo académico de la lengua tenemos en el señor don Cándido Nocedal, autor del prólogo á las obras de Jovellanos, y que fue admitido solemnemente hace unos pocos dias *au throne académique*. El señor Nocedal se lamentó en su discurso, entre otras cosas, de la influencia de los giros, palabras y modismos franceses en nuestro idioma; y en efecto la influencia francesa es tal, que el mismo neófito (y perdónesenos el neo-logismo) dió abundantes pruebas de estar gravísimamente contagiado del mal de que se dolia. Ovidio al jurar á su padre que no compondria versos, compuso uno de los mejores,

Juro, juro, pater, numquam componere versus.

No es sin embargo nuestro ánimo comparar las obras del señor Nocedal con las del autor de las *Metamorfosis*, de los *Fastos* y de los *Tristes*, sino hacer ver que los hombres mas ilustres suelen incurrir muchas veces en aquello mismo que con mas ahinco pretenden evitar.

En la academia de Ciencias ha sido admitido el señor don Eduardo Rodriguez, que al tomar posesion de su silla académica ha leido un erudito discurso sobre las aplicaciones de las ciencias físicas. Le contestó el señor marqués del Socorro.

Sabido es que la academia española ofreció un premio y un *accessit* á las dos mejores composiciones poéticas dedicadas á cantar los triunfos del ejército español en Africa. Abiertos los pliegos de los opositores, la corporacion declaró que el primer premio correspondia á la oda compuesta por el señor don José Joaquin Cervino, y el *accessit* á la de don Antonio Arnao. Para adjudicarles estas recompensas se celebró el miércoles una brillante reunion en el salon del Conservatorio de Música. Asistieron á ella las personas reales, el general Zabala, el marqués del Duero y los individuos de distintas corporaciones literarias y científicas. Se leyeron las composiciones, se cantó un himno, y recibieron el señor Cervino su medalla de oro y el señor Arnao su diploma. Las composiciones de uno y otro son de bastante mérito literario.

El señor don Pablo Estorch y Signés licenciado en medicina, residente en Barcelona, ha descubierto la composicion de una especie de piedra que titula *iman de los venenos* y que aplicada á la herida causada por la mordedura ó picadura de un animal rabioso ó venenoso chupa todo el virus nocivo y salva la vida del paciente. El señor Estorch ha publicado un opúsculo sobre el orígen, aplicacion y usos de esta piedra y lo ha dirigido á las academias de medicina de Madrid, Barcelona y París. Los periódicos han hablado de varias curas maravillosas hechas con las piedras del señor Estorch, el cual ha enviado ó trata de enviar á Madrid algunas de las últimamente compuestas para esperimentar sus efectos en los casos desgraciados que puedan ocurrir. No dice el señor Estorch en su opúsculo el secreto de la com-

posicion de estas piedras; pero si en efecto tienen la virtud que él mismo refiere, lo cual puede acreditarse por repetidos esperimentos, el gobierno deberia ofrecerle las ventajas consiguientes al beneficio que reportaria la humanidad de hacerse público su descubrimiento.

Nada nuevo en los teatros: la compañía de zarzuela parece que ha terminado sus compromisos, y se trata del ajuste de cantantes para la temporada inmediata. El teatro de ópera italiana ó sea el de Oriente, quedará en el próximo año cómico á cargo de la misma empresa que lo ha tenido en este. De los teatros de declamacion nada se sabe todavía, y cuanto se diga es por lo menos prematuro. Hasta la compañía de actores franceses que trabajaba en Variedades, nos ha abandonado para marchar á Barcelona. Verdad es que no podemos quejarnos de que nos pague en la misma moneda.

Ya se ha inaugurado el ferro-carril de Barcelona á Lérida, y como siguen activamente las obras del de Zaragoza, tendremos pronto otro puerto del Mediterráneo en comunicacion con la capital. ¡Y el Océano! Por Galicia anda el diputado don Juan Flores entusiasmando á los gallegos con su proyecto de unir aquellas costas con el centro de la península por medio de una via férrea, y de su actividad y constancia es de esperar que consiga buenos resultados.

Por esta revista y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

NUEVAS CARTAS MARRUECAS (1).

ABD-EL-MOTALLEB Á ABDALLAH-BEN-SOLUL.

(CONTINUACION.)

IX.

En nombre de Dios, clemente y misericordioso.—La creacion de los cielos y de la tierra, la sucesion de la noche y del dia, el buque que surca las ondas en provecho de los hombres, la lluvia que desciende de las nubes y fecundiza la tierra, los animales que cubren su superficie, las vicisitudes de los vientos y de las nubes que se balancean entre el cielo y la tierra, son á nuestros ojos señales del poderío del Altísimo.

Llegará algun dia en que el hombre tendrá delante de su vista el espectáculo de sus buenas y malas obras, y deseará que un intervalo inmenso le separe del mal que haya hecho.

Mientras no llega el momento en que el ángel Azrail reciba mi alma al dar mi último suspiro, ó que el ángel Israfil haga sonar la gran trompeta que tiene aplicada de continuo á los labios aguardando la órden de Allah para declarar el dia final del mundo, me someteré á la voluntad de Dios que me ha llevado á tierra estraña.—El me devolverá, si le place, al lado de mi familia.

El hombre, como dice el Profeta, se halla rodeado de ángeles que sin cesar se suceden unos á otros. Allah les ha encargado que velen por su conservacion, y no retira sus beneficios sino cuando el hombre llega á pervertirse. Cuando quiera castigarle nadie le opondrá obstáculo alguno, porque no hay manera de evitar su omnipotencia (2) (3).—¿Por qué no he de esperar, pues, volver pronto á acariciar mis mujeres y mis hijos, mis caballos y mis camellos?

Entre tanto, no te hablaré, hermano mio, de las dotes naturales que enriquecen este suelo. La fertilidad de la España á nadie es desconocida. Las palmeras solo crecen en los territorios mas meridionales, y son tan escasas en número, que bien demuestran el sentimiento de que se hallan poseidas por no verse rodeadas de las generaciones que las plantaron. Por lo demás, ¿qué podré decirte acerca de la diversidad de matices que ofrecen los olivares, las viñas y las huertas? Ciertas son las palabras del príncipe de los profetas (4): «todos los frutos son regados por una misma agua, y no obstante ¡cómo difieren en gusto y calidad!»

Te hablaré de usos árabes y de recuerdos del pueblo morisco que á cada paso se hallan en el trato social, y aun en el caracter nacional de los españoles. En sus conversaciones añaden siempre, como nosotros, las espresiones: *si Dios quiere*; *segun parece*; *solo Dios lo sabe*; y muchos de sus juegos y de sus diversiones, de nuestros antepasados las heredaron. Las *fiestas ó corridas de toros*, los *naipes*, el *ajedrez*, pueden contarse en este número. Entre la gente de guerra vemos que desde la mas remota antigüedad aceptaron las *tiendas de campaña* y los *tambores*, instrumentos bélicos que se usaban ya por los Almoravides al llegar á España en la primera mitad del siglo XI. Entre los habitantes de las ciudades tienen orígen musulman las *rejas bajas*, las *cancelas* y las *celosias*, los *patios*, los *cármenes*, los *aljibes*; las *alfombras* y *alcatifas*, los *divanes* y *sofás*, los *almohadones* y *cojines*; las *guitarras*, *arpas*, *bandurrias* y *vihuelas*, con las popularísimas *serenatas*. Los campesinos y labradores podrian recordar en las *espuelas ó acicates*, en los *pretales*, *flecos* y *borlas* de los jaeces de sus caballos, restos de costumbres árabes, y los mismos campesinos y labradores, en Andalucía, comen en mesas tan bajas como las que pueden usarse por una familia mahometana. Sus *fajas*, sus *polainas* de cuero, y otras prendas del traje andaluz, con el gusto por ricos y preciosos adornos que muestran los hijos de las tierras meridionales, prueban el mayor roce que tuvieron con nuestros bisabuelos. Este afan por el lujo, este gusto que en España se llama todavía oriental, hasta los mismos historiadores españoles confiesan que los árabes de la península les poseyeron en alto grado. Oye su testimonio, tal como le ofrece en su historia de las cosas de Granada, un escritor malogrado de estas comarcas.

«Los moros desplegaban toda su riqueza y elegancia en trajes, armas y arreos de caballos. Jactábanse los señores y los donceles de su gusto esquisito en combinar los colores de sus turbantes, fajas y aljubas, y en deslumbrar con sus bordados y lentejuelas de oro. La riqueza de los atavíos era un motivo de emulacion entre las tribus, y una necesidad recomendada por la galantería y agradable á los ojos de sus enamoradas. Como las armas eran gala inseparable del caballero, veíanse pendientes de sus cinturas alfanjes magníficos, labrados al uso damasquino con inscripciones del Koran, ó cifras marciales y amorosas; los puños de filigrana, el forro labrado con finísimos bordados, las hojas de flexible temple. Sus puñales, sus lanzas con banderolas correspondian á esta riqueza, y como todo este lustre habria causado un desagradable contraste sin los correspondientes adornos del caballo, habia ginete que solo en jaeces tenia invertido un caudal considerable (1).

Tal fue el grado á que llegó la proteccion que los mismos reyes moros de Granada dispensaron al lujo y á la esplendidez de nuestros antecesores, que llegaron á consignar en sus leyes un rasgo de galantería, ordenando que el oro y la plata empleada en guarniciones de espadas, lanzas, estribos, y jaeces de caballos, como asimismo en brazaletes ó adornos de mujeres distinguidas, ó de sus esclavas, no pagasen derecho alguno á la hacienda.

Y á los descendientes de unos hombres que de tal modo (como te he dicho en mis anteriores) protegieron las ciencias, las letras y las artes; que tantas pruebas dieron durante su dominacion en España de valor, de generosidad y otras mil virtudes; á los descendientes de estos hombres ¿se les apellida hoy bárbaros é incivilizados á boca llena?—Solo Allah conoce el destino de las naciones: solo Allah distribuye y concede el poderío, la fortuna, la civilizacion al pueblo que bien le parece.

(Se continuará.)

(1) Véase el número 20 del *Museo Universal* del corriente año.
(2) Koran: cap. XIII.
(3) Segun El-Hazan, son cuatro los ángeles encargados de velar sobre las acciones de los hombres, dos durante el dia, y dos durante la noche, los cuales se relevan entre sí con grande asiduidad.
(4) Título que dan los musulmanes á su falso profeta Mahoma, ademas de otros veinte y cuatro mil nombres á que ascienden los títulos conque le adornan sus sectarios.
(Nota de la redaccion.)

AMOR DE MONJA (2).

CONTINUACION.

XXXVII.

Las tempestades pasan, pero dejando en la comarca sobre la que han pasado las terribles señales de su paso.

El césped con las púdicas violetas que en él se esconden, ha sido cubierto por el lodo del aluvion; el huracan ha arrebatado las flores de los arbustos; el rayo ha desgajado los robustos brazos del roble; la tierra empapada de agua, parece como entumecida.

El cielo está despejado; una brisa tibia, pero que lleva consigo aun el olor, por decirlo así, de la tormenta, ha reemplazado al huracan; el sol brilla resplandeciente, pero sobre un cuadro de desolacion.

Para Asuncion habia pasado la tempestad de dolor, de recuerdos apenados, de deseos desesperados; habian concluido las horribles y largas noches de fiebre, de insomnio, de agonía; esas veladas crueles que solo puede comprender el que haya amado con toda su alma, deseado con todo su deseo, y sin una vislumbre de esperanza: habian pasado las largas, las insoportables horas de una soledad nunca interrumpida, de una espantosa soledad del alma, la mas profunda, la mas silenciosa, la mas fria de las soledades en que puede verse anegado el espíritu de una criatura: habia salido de una tumba á la luz: respiraba, sentia de nuevo calor en torno de su corazon, y su corazon latia sin pena, sin esfuerzo, dilatado, amplio, como si le hubiesen libertado de un peso enorme.

Vivia en fin.

Carlota, su amor, su vida, su sueño, habia vuelto.

El sol de la felicidad, enviaba con amor su luz radiante al alma de la monja.

Pero las huellas de la tempestad pasada habian quedado impresas en aquellas dos pobres criaturas.

Pálidas, débiles, enfermas, envejecida la una, espiritualizada la otra por sus sufrimientos, eran dos figuras conmovedoras.

(1) Lafuente Alcántara, en su *Historia de Granada*.
(2) Véase el número del *Museo Universal*, correspondiente al 11 de marzo.

Porque al verlas, al notar su densa palidez, su demacracion, y la lánguida y amarga melancolía, que como una atmósfera fatídica fluia de su semblante, de su cansancio, de su abatimiento, se comprendia claro ese infortunio que no puede concebirse sin estremecimiento: el infortunio del alma.

XXXVIII.

Asuncion veia tambien, con no sabemos qué sentimiento interesado, la situacion en que se encontraba Carlota.

Su palidez era casi diáfana: sus grandes ojos negros, tenian una fuerza y un brillo estraordinario, pero que revelaban la fiebre: sus mejillas estaban demacradas: su nariz afilada, sus labios pálidos, enflaquecido el cuello, y completamente desaparecido el alto y mórvido seno, que cuando salió del convento era uno de los mas echiceros atractivos de la jóven: sus brazos y sus manos habian llegado á una delgadez suma: de lo que antes habia sido, solo conservaba su rica, su magnífica cabellera negra rizada: pero entre aquellos cabellos tan densos, tan brillantes, tan sedosos, habia canas escasas sí, pero al fin canas á los diez y siete años.

A pesar de esta demacracion, de esta palidez, de esta fiebre, de este cansancio, de esta melancolía, la hermosura de Carlota era estraordinaria: una belleza espiritualizada por el sufrimiento, por la desesperacion por la tisis, por una idea fija y terrible que se adivinaba á veces en el fondo de la inmóvil mirada de Carlota.

Y Asuncion, la inocente, que no podia comprender que Carlota sufriese uno de esos martirios del alma, que matan al cuerpo, decia con alegría para ella:

—La han tratado mal: no la han amado como yo la amo, y mi pobre hija ha enflaquecido, ha empalidecido, se ha puesto triste: yo la cuidaré tanto, yo me desviviré tanto por ella, que volverá á su alegría, á su bello color; volverán los dos hoyitos de sus mejillas... y ha crecido... cuando engruese estará hecha una maravilla... ¡Oh! ¡y qué esposa tan hermosa va á tener en ella el Señor!

Y desconociendo lo mortal, lo irremediable del estado de Carlota, Asuncion desconocia tambien su propio estado irremediable y mortal.

El aneurisma y la tisis se habian apoderado de sus víctimas, y no debian abandonarla, sino arrojándolas á la tumba.

XXXIX.

Pasaron dias, semanas, meses.

Pasó un año.

Carlota no sonreia, Carlota no hablaba, Carlota no tenia apetito; Carlota no engruesaba.

Por el contrario cada dia estaba mas flaca, mas pálida, mas febril, mas triste, mas débil.

Siempre en sus ojos aquella espresion profundamente triste.

Siempre en sus ojos revolviéndose como una chispa sombría el fuego de un deseo desesperado.

Siempre su frente escandencida por un calor febril.

Algun tiempo despues de la vuelta de Carlota al convento, Asuncion empezó á aterrarse de una manera vaga: su *niña* no parecia próxima á restablecerse: por el contrario empeoraba.

La pobre Asuncion, enferma tambien, débil, agoviada por el trabajo á que la reducia el cuidado de Carlota, volvia á sus ejercicios ascéticos, á los rigores de una penitencia horrible, por la salud de Carlota: y esto de contrabando, en secreto, escondida en un rincon de su dormitorio, porque la penitencia, los ejercicios, las prácticas duras, la estaban triplemente prohibidas por la abadesa, por el confesor, por el médico.

Y esto debilitaba cada dia mas á la infeliz; la postraba, la rendia: solo una terrible fuerza de voluntad producida por lo íntimo, por lo terrible de su amor á Carlota, podian sostenerle en aquella lucha imposible, desesperada, anhelante.

XL.

Siempre que Asuncion decia á Carlota:

—¿Cuándo tomas el hábito de novicia, hija mia?

Carlota contestaba, volviendo hácia ella sus dulces ojos tristes, y cada dia mas hermosos:

—Mas tarde, mas tarde: dentro de un año.

Y una sonrisa amarga, pero blanda, imperceptible, esfuerzo violento de un alma desolada, aparecia en los labios de Carlota y se borraba instantáneamente, como la rápida y débil exhalacion de una oscura y sofocante noche de verano.

—¿Qué quieres? ¿qué deseas hija mia? la preguntaba toda amor, toda ansiedad, toda alma Asuncion.

—Nada, madre; respondia la niña: soy feliz.

Y en su boca, en su pequeña y linda boca, volvia á lucir por un momento aquella sonrisa horrible.

Y luego, estendia sus débiles brazos, atraia á sí á la religiosa y estampaba suspirando en su frente un beso.

Aquel suspiro y aquel beso abrasaban el cuerpo y el alma de Asuncion, que asia con sus dos manos el delicado semblante de la niña, y sellaba un hambriento beso en su boca.

XLI.

Era aquel un drama sencillo, íntimo, secreto, en que todo pasaba dentro del alma de dos mujeres, que se adivinaba, pero de una manera vaga, en embrion, misterioso, terrible, cuyo desenlace preveian el médico, la abadesa, el confesor.

Era un dolor tal, tan concentrado, tan impresionador, que habia llenado de una atmósfera triste y pesada al convento.

Asuncion y Carlota eran expiadas, no ya por curiosidad, sino por caridad.

El drama tenia espectadores profundamente conmovidos, y uno de ellos era la noble y bella criatura, que detalle por detalle, me ha referido esta historia de amor y de infortunio.

Hubo consultas médicas, reunion de madres, conspiraciones de la caridad, y ni las consultas, ni las reuniones, ni las conspiraciones, produjeron un remedio: el mal era incurable; separar á aquellos dos seres hubiera sido agravar sus sufrimientos: no habia mas recurso á que apelar que Dios, y toda la comunidad, uno y otro dia, en el coro, en los ejercicios, en las oraciones privadas, levantaba su *corazon á Dios pidiéndole* el alivio de aquellas dos enfermas, cuya materia se consumia lentamente, quemada por el fuego inestinguible de su espíritu.

XLII.

Llegó un dia en que toda la fuerza de voluntad, todo el amor, toda la ansiedad de Asuncion, no fueron bastantes para prestarla fuerzas para el trabajo.

Se fatigaba, se ahogaba: el fuego de las hornillas la producia una tos cavernosa, que retumbaba sorda allá en las profundidades de su pecho.

Se la cortaba la respiracion.

Agonizaba.

Sus débiles miembros se negaban á sostenerla.

Asuncion se replegaba sobre el suelo y lloraba, se aterraba, sentia en el alma un pavor frio, el pavor por la miseria, por la imposibilidad de cuidar de su pobre niña.

El médico, los medicamentos, los manjares ligeros y delicados, todo esto que Carlota necesitaba, que costaba dinero, demasiado dinero para las posibilidades de la infeliz, pasaba por su imaginacion, torturándola, esprimiendo hiel sobre su alma, desesperándola.

El solo pensamiento de tocar á la cantidad que debia constituir el dote de monja de Carlota, la hacia sentir un padecimiento insoportable: aquella cantidad era el resultado de los ahorros de quince años de trabajo, de vigilias, de constancia, de amor, de delirio.

Aquel era un tesoro sagrado cuya existencia no conocia nadie.

Eran diez mil reales escondidos, envueltos, sepultados en un ángulo de un enorme arcon.

A aquel tesoro no podia tocarse sino en un dia solemne, anhelado, rogado.

En el dia en que tomase el hábito de novicia Carlota.

Porque Asuncion queria absolutamente que su niña tuviese un porvenir en el convento; que pudiese llegar á ser abadesa.

Para esto era necesario que fuese monja de velo negro.

Para que fuese monja de velo negro era indispensable el dote.

XLIII.

Cuando Asuncion comprendió que la era de todo punto imposible trabajar: cuando llegó el momento en que, esceptuando el dote de Carlota, gastó su último real; cuando vió que para la manutencion, para el cuidado de Carlota, para el salario de la doncella, solo podia contar con la insuficiente asignacion del Estado; Asuncion adoptó un recurso heróico: tuvo valor para dominarse, para humillarse, para convertirse en mendiga, y salió de su celda trémula y entró cadavérica en la de la abadesa.

Lo que allí sucedió fue breve, pero terrible.

Asuncion sin hablar, porque no encontró voz, avergonzada, humillada, se arrojó á los piés de la superiora, asió sus manos temblando, levantó para mirarla su semblante lívido y descompuesto, y murmuró algunos monosílabos.

Al fin haciendo un esfuerzo sobre humano esclamó:

—Mi hija está enferma, señora; yo estoy enferma tambien: no tengo... no puedo ganar... no por mí... por mi hija... por el amor de Dios...

Y como si aquello hubiera sido demasiado, como si su alma no hubiera podido sufrir mas, Asuncion se desplomó, cayó doblegada sobre sí misma y rompió á llorar de una manera desconsolada.

Poco despues se desmayó.

Las criadas de la abadesa la llevaron á su celda, la metieron en la cama é inmediatamente la superiora mandó llamar primero al médico y seguidamente al confesor de la madre Asuncion.

XLIV.

Cuando el canónigo don Pedro llegó al locutorio encontró reunidas en él á todas las madres que le esperaban, y que ya habian resuelto lo que debia hacerse por aquellas dos desgraciadas.

La superiora empezó á contar, procurando ser valiente, lo que sucedia, al canónigo, pero á las pocas palabras continuó su relato llorando.

Todas las madres se hacian cargo de las dos enfermas.

Pero la abadesa añadia:

—La madre Asuncion es muy delicada: el esfuerzo que ha hecho hoy la ha puesto á la muerte: es necesario que usted, señor don Pedro (1), sea la mano intermediaria, que la entregue, bajo secreto de confesion, el resultado, no de una obra de caridad, sino de una obligacion que todas tenemos para con nuestra hermana.

Don Pedro que habia escuchado con la cabeza baja y con la caja de rapé en la mano, sin abrirla el relato de la abadesa, se quedó pensativo durante algunos segundos, abrió luego la caja, tomó pausadamente un polvo, y luego dijo levantándose como quien no quiere escuchar réplicas á lo que va á decir:

—Yo, madre, tomo á mi cargo á mi hija de confesion y á su hija adoptiva, y no hay que hablar una palabra mas de esto.

Pero no le valió al buen canónigo el haberse levantado y el dirigirse despues de dichas sus brevísimas palabras *á la puerta del locutorio.*

Una esplosion, una verdadera insurreccion de las buenas madres, le detuvo.

—¡No, no, esclamaron! ¡lo hemos de hacer nosotras!

—¡Queremos aliviar por nosotras mismas su desgracia!

—¡Es nuestra hermana!

—¡Es una santa!

—¡Nosotras! ¡nosotras!

A este nutrido fuego de guerrilla, el canónigo se volvió, é hizo ademan de hablar.

Las monjas callaron.

—Pues bien, madres, dijo el canónigo: aunque yo soy muy rico, aunque no tengo afortunadamente sobrinos que me hereden, y estoy solo en el mundo, sin mas afectos, sin mas amigos que mis jóvenes colegiales; aunque para mí este no era un sacrificio sino un placer, me rindo; pero con una condicion: es necesario, de todo punto necesario, que yo contribuya tambien.

—¡Sí! ¡sí ¡eso sí! esclamaron todas las monjas batiendo las palmas.

—Y ahora, pues la necesidad es perentoria, y la pobre madre Asuncion está en cama y gravemente enferma, vayan las madres porteras á abrirme y dejemos concluido este triste negocio.

XLV.

Costóle un ímprobo trabajo al buen don Pedro el convencer á Asuncion.

Se vió precisado á repetirla una y cien veces, que estaba encargado por algunas almas caritativas, de dar una inversion justa á limosnas constantes y cuantiosas: predicóla acerca de la humildad, de la resignacion, de la conformidad con que debia recibirse un beneficio; la puso por delante el ejemplo de ella misma que habia consagrado toda su vida al bien y á la caridad, y logró, en una palabra, endulzarla la limosna.

Y usamos de la frase endulzar, porque para nadie es tan amargo el recibir á título de miseria, como para aquel que siempre ha tenido abiertas su bolsa y su alma para la miseria.

XLVI.

Desde el momento Asuncion fue socorrida.

Sin que supiese quien la socorria.

Sin ver otra mano que la de su confesor.

Asuncion tuvo alguien mas por quien levantar su alma á Dios.

Por sus bienhechores.

Desde aquel dia, cuando alguna persona, de las que continuamente encargaban dulces, flores, velas rizadas, escapularios, vestuditos de imágenes del niño Jesús, y todo lo demás en que se ocupan las monjas, preguntaba en el torno por la madre Asuncion, la tornera contestaba:

—La madre Asuncion no puede bajar.

—¿Está enferma? preguntaban.

—No, no señor, respondia la buena portera: es que ha hecho voto de no salir de su celda sino para ir al coro.

—¿Y no se la puede ver?

—No señor: pero dígame usted lo que quiere que yo tengo encargo de decírselo.

Entonces venia la demanda de estos ó los otros dulces, de esta ó la otra labor, la portera pasaba el encargo á la abadesa, y á seguida cada madre ponia su parte de azúcar, de almívar, de frutas, de flores, de seda, de lentejuelas, y la confeccion se llevaba á cabo por aquella á quien tocaba en turno, *inclusa la abadesa.*

Despues la portera entregaba y cobraba.

El dinero pasaba íntegro de sus manos á las de la abadesa y de las de esta á las de don Pedro, que añadia su parte y entregaba el total á Asuncion que lo recibia llorando y orando por quien la socorria.

Era esta una bella y dulce obra digna de las vírgenes del Señor.

(Se concluirá en el próximo número.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(1) Este escelente canónigo, que pasó toda su vida desempeñando sabiamente una cátedra en un seminario, ha muerto ya, y su apellido que omitimos es uno de los mas ilustres de Andalucía.

ESCENTRICIDAD.—ESCENTRICOS.

I.

No crean nuestros lectores, viendo las dos palabras con que encabezamos este artículo, que vamos á disertar de astronomía ó geometría en la seccion amena del MUSEO, á la que nos trasladamos hoy fatigados de crítica, de filosofía y de reflexiones graves. Para nada entra en nuestro propósito la escentricidad ó concentricidad de dos figuras, ni la distancia que media entre el centro de la elipse y cada uno de sus focos, ni el movimiento y curso de los astros. Hablamos de escentricidad y escéntricos, en una acepcion moral exótica, para significar las anomalías en el pensamiento y la conducta de ciertas personas. Pero, á qué usar (se nos dirá), de un anglicismo inútil que pudiera sustituirse en castizo castellano con las palabras *estravagancia* y *estravagantes* que corresponden exactamente á la misma idea? Confesamos ingenuamente nuestra falta; pero no *nos arrepentimos* ni *enmendamos*. Hay cosas cuyo interés está enteramente en el nombre, y á esta categoría pertenece el asunto que tratamos. Colocados, pues, entre la legalidad del diccionario y la arbitrariedad del gusto, hemos optado por la última; saltando á guisa de ministros, por las bardas de la primera, que á la verdad son cada dia mas accesibles. Se va haciendo ademas hábito entre nosotros no hablar mas castellano que el preciso, y no queremos pasar por mal educados cuando tan fácil es evitarlo. Dispensen nuestros lectores la anterior digresion, que bien merece el título la pena de justificar su sentido, y no es mas perdido el tiempo empleado en ello que el que suele gastarse en los árduos negocios de la política.

«El estilo es el hombre,» ha dicho el célebre Buffon, indicando así que cada individuo tiene una manera peculiar de emitir sus ideas; y esto es tan cierto que, conocida esa forma, no es difícil penetrar hasta el fondo mismo del pensamiento. Pero el descubrimiento pareció diminuto, y muchos, que no son ni serán filósofos, se han empeñado posteriormente en demostrar que un movimiento cualquiera repetido, un simple accidente de la vida física, un hábito, una costumbre, bastan y sobran para adivinar con exactitud un carácter. Los tales han dejado tan en zaga á Lavater y Gall, como una locomotora á un viejo carromato.

«Pues bien, esta fuerza poderosa de induccion, que en nuestros dias todo lo abarca y sintetiza, que con un rasgo crea una fisonomía, como Cuvier formaba de un solo hueso un animal gigantesco; esta concentracion poderosa y eficaz que da la ciencia y la historia y la literatura por fórmulas, como un médico devuelve la salud por recetas; este talento generalizador y comprensivo que se nos antojaba un raro privilegio de la naturaleza, aunque, por lo estendido y aplicado que se halla, puede compararse á la dote de cualquier doncella, ha bajado sin duda sobre nuestra cabeza, como un don del Espíritu Santo, inspirándonos el razonamiento siguiente:

«Si los errores y las desgracias de la humanidad, cuidadosamente recogidos y trasmitidos de generacion en generacion y de pueblo en pueblo, sirven para estudiar la marcha del mundo hacia su providencial destino, ¿por qué no ha de contribuir tambien á este objeto la historia detallada y *fiel de sus locuras?*» Esta proposicion es á todas luces inatacable: pasemos, pues, lógicamente á otra. «Si á la intuicion del último de nuestros arqueólogos basta hoy, para desenterrar una civilizacion muerta hace veinte siglos, el exámen de unos vasos de barro ó de algunos utensilios menudos de cocina, ¿qué inconveniente hay en seguir paso á paso las evoluciones morales del hombre con la guía de sus estravagancias?» Sentados ya los preliminares, la consecuencia se resuelve en una tercera proposicion problemática, que redactaríamos de esta manera si nos propusiéramos sacarla á concurso: «hallar el grado y las tendencias de una civilizacion, el espíritu de las instituciones y de las costumbres de una nacion ó una raza, por la índole de sus escentricidades y el número de sus escéntricos.» ¡Quién sabe si saldria algun Rousseau del certámen! Recomendamos el tema á la academia de ciencias morales y políticas, y se lo recomendamos con tanta mas razon cuanto que no nos proponemos tratarlo, imitando en esto á nuestros flamantes generalizadores que en todo se ocupan menos en demostrar sus tesis. Con este sistema las tareas literarias se simplifican, y el título de sabio no encuentra otro obstáculo que la escesiva *concurrencia de pretendientes.*

En nuestra escentricidad, es decir, en la escentricidad de que venimos tratando, consideramos al hombre en su estado fisiológico, y prescindimos por completo de su estado morboso. ¿Qué es, pues, la escentricidad bien analizada? Es una exuberancia de personalidad que rompe toda relacion con las demás personalidades; un individualismo exagerado, enfermizo, que se roza de cerca con un estado patológico. El escéntrico no quebranta

S. M. LA REINA SE DIRIGE AL PALACIO DEL CONGRESO Á ABRIR SOLEMNEMENTE LAS CÓRTES EL DIA 25 DE MAYO.

los preceptos de la ley penal, pero falta á las convenciones sociales. Ademas de los actos justiciables existen otros que pertenecen á las costumbres; el que ejecuta los primeros se hace delincuente; el que incurre en los segundos no pasa de estravagante. El espíritu de independencia es igual en ambos; quizás mas pronunciado en el último, porque la tiranía de la opinion es mas violenta que la tiranía del código; pero los separa el criterio moral por un abismo de distancia. Así, mientras el desarrollo de la delincuencia marcaría en un pueblo un desarrollo de depravacion, el de la escentricidad indica por el contrario elevados sentimientos, dignidad de carácter, ideas atrevidas, convencimiento del propio valor, inviolabilidad del derecho. Hay enfermedades peculiares de las constituciones robustas y la escentricidad es una de ellas: es mal parcial que acusa en la generalidad una salud exuberante.

Así *lo demuestra la historia*, ese «recuerdo vivo del mundo» como lo llama elegantemente Lamartine; pero aunque no lo dijera, se lo haríamos decir nosotros, amoldando, truncando y desfigurando los hechos, para nuestro servicio particular como acostumbran los fautores de sistemas históricos. Por fortuna no lo necesitamos en esta ocasion, y nos bastan los sucesos tales como han pasado para demostrar que hay perfecta exactitud en nuestro juicio.

¿Por qué no existe la escentricidad en la primitiva civilizacion del Oriente? Porque allí no se conoce el individualismo; porque los hechos son puramente colectivos, las divisiones sociales castas y razas, y las ideas misterios, símbolos y geroglíficos. No busqueis la personalidad, esa gran palanca de las civilizaciones modernas, ni en las orillas del Ganges, ni en las planicies del imperio babilónico, ni en las fértiles márgenes del Nilo, y pasad por consiguiente de largo y sin deteneros, si quereis encontrar las estravagancias. El mismo genio griego necesita cierta madurez y cierto desarrollo para producirlas ó mas bien para individualizarlas. Estravagantes son las instituciones de Esparta; pero no lo son los espartanos, por la sencilla razon de que el estado, la ciudad lo absorbe todo, trabajo, inteligencia, placeres, afecciones. La estéril y brusca rudeza de la Laconia, su desconfiado patriotismo y su omnipotente aristocracia no permiten salirse de la regla comun é inflexible. Sus costumbres colectivas pueden pasar por modelos de escentricidad analizadas con nuestros principios; mas como la escentricidad es precisamente la contravencion á las costumbres admitidas, de aquí el que no exista en el sentido que nosotros le damos. Escéntrico seria hoy el marido que llevase á su muger un amante, y sin embargo en Esparta era casi un deber cívico para dar á la patria defensores robustos. El espíritu democrático de la raza jónica, creando el individualismo en la ilustrada cuanto turbulenta Atenas y en las demás ciudades del Peloponeso, presenta los primeros tipos de escentricidad en sus filósofos, cuya habitual permanencia en las regio-

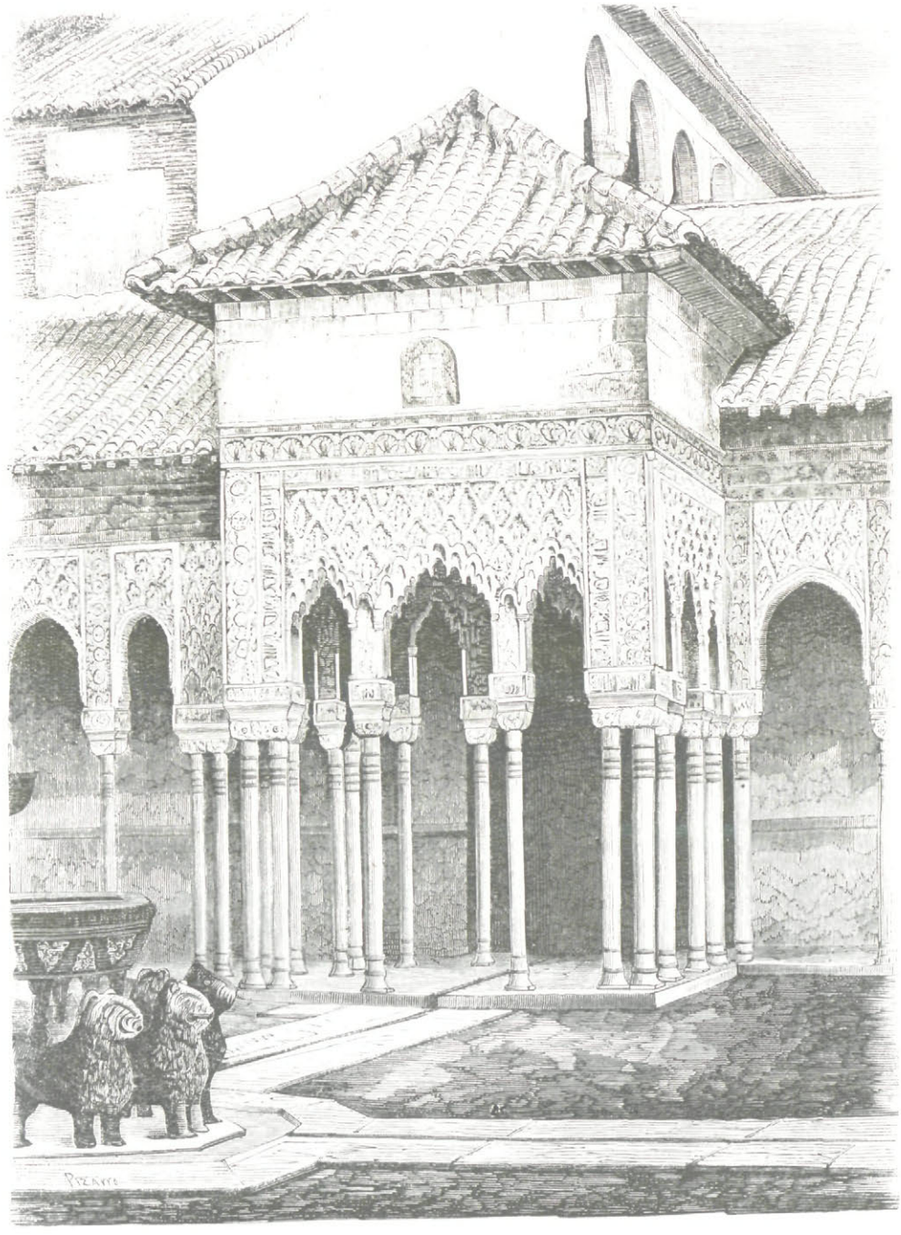
nes abstractas de la ciencia, daba una marcada originalidad á su carácter y un esceso de independencia á su espíritu. Timon el *Misántropo* y *Diógenes el Cínico* son, en efecto, los primeros escéntricos que recordamos dignos de que la posteridad se haya ocupado de sus rarezas. El primero odiaba á la especie humana tanto como el segundo la tenia en poco: aquel huia de la vista de sus semejantes encerrandose en su olvidado retiro, mientras que este se entregaba en público á las espansiones sensuales que reciben todo su atractivo de la soledad y el misterio.

Cierto dia, con asombro del pueblo de Atenas, se dirigió Timon á la tribuna de las arengas. ¿Qué diablos viene á *proponer* el misántropo, se preguntaban unos á otros los concurrentes? «Ciudadanos, dijo el orador improvisado, tengo en el *jardin* de mi casa una higuera de la que ya se han colgado algunos de vuestros compatriotas; pienso cortarla y vengo á anunciároslo para que se apresure á ahorcarse el que quiera.» No conocemos ningun discurso mas *humorístico* que este en los anales de la Gran Bretaña. El purísimo cielo de la Grecia cobijaba spleenes dignos de las nebulosidades del Támesis. Diógenes habia hecho de un tonel su perpetua morada y se lamentaba de no haber encontrado un solo hombre en toda la Grecia á pesar de buscarle con una linterna. Crates se desprendió de una escudilla, única riqueza que habia conservado, despues de convencerse de que se podia beber el agua en el hueco de la mano.

¿Qué diremos de Alcibiades que ponia sus rarezas al servicio de su ambicion y de sus vicios, y que para desviar la pertinaz atencion del pueblo de su vida licenciosa, se presentaba en público desnudo entre dos cortesanas ó cortaba la cola de su magnífico perro? ¿Qué del ilustre Temístocles que paseaba en su carro á cuatro mujeres de mala vida? ¿Qué del cómico Aristofanes?... pero este recuerdo *hiela* la sonrisa en los labios porque nos recuerda el asesinato de Sócrates.

En la vida social de la Grecia formaban el principal ornamento las jóvenes galantes que trataban con sus gracias. Aplaudidas, admiradas, y hasta divinizadas por los hombres mas distinguidos, eran á un tiempo el estímulo y el premio de los grandes esfuerzos patrióticos, de las grandes obras artísticas y los grandes trabajos políticos. Sus casas se abrian á las eminencias de la época, á la educacion elegante de los mancebos y á los pasatiempos científicos y literarios. Un autor nos ha dejado los nombres de ciento cincuenta de estas cortesanas célebres que se hicieron ilustres *en su tiempo*, y *otro escritor* le acusa de haber olvidado muchas de las mas afamadas. Difícil seria con nuestras ideas actuales comprender la influencia de estas mujeres y los homenajes de que se las rodeaba con detrimento de las madres de familia relegadas al hogar *doméstico*, si la *historia bien reciente* de Ninon de Lenclos no nos ofreciese una débil muestra de lo que fueron en la antigüedad las Laís, las Dimo, las Frine y las Aspasia. Una noche que daba de cenar Gnatena al poeta Difilo, le presentó una copa de vino helado. —Tienes un pozo muy frio, dijo el poeta.—Consiste, contestó la cortesana, en que echo de vez en cuando en él algunas de tus comedias.—Acusada Glicera por el sofista Stilpon de corromper á la juventud, le respondió aquella delante de la numerosa concurrencia que presenciaba el diálogo.—«De lo mismo te acusan, y en verdad que no hallo diferencia entre ser corrompido por las sutilezas de un filósofo ó por las caricias de una prostituta.»

Esa era no obstante, la época brillante de la Grecia: la época de Salamina, de las Termópilas, de Maraton, de Platea, del Partenon, del Júpiter Olímpico, y del Areópago; la época de Temístocles, de Aristides, de Pericles, de Fidias, de Apeles, de Aristóteles y de Demóstenes. Pero vengamos ahora á Roma.



ALHAMBRA DE GRANADA.—PATIO DE LOS LEONES.

Bien fuesen tomadas directamente de la Grecia, las instituciones políticas, religiosas y civiles de Roma, bien procediesen de la adelantada civilizacion etrusca, modificada luego por el espíritu helénico, hay una razon de analogía para suponer que no escasearon las escentricidades ni los escéntricos en el opulento patriciado de la *ciudad eterna*.

Pero oscura la historia en los primeros tiempos, y ocupada, en los mas florecientes de la república, en las guerras esteriores y en las contiendas intestinas, apenas ha dejado á la posteridad algun ligero rastro que nos sirva *en nuestras investigaciones*, hasta que los escritores de la edad de oro nos han suministrado en sus obras datos ciertos y curiosos, acerca de la vida pública y privada de los romanos.

Sabemos sin embargo, que Caton el Censor, que ha dejado su nombre á la posteridad *republicana*, se entretenia en educar y engordar á sus esclavos para revenderlos hábiles y robustos, y esto no podia hacerlo por avaricia el hombre que defendia gratuitamente las causas en los tribunales, y que, ocupando los primeros puestos militares, jamás tomo en campaña mas que un grosero alimento para sí, y un poco de avena para su caballo.

Los censores Domicio Enobarbo y Licinio Craso (93 antes de Jesucristo), fueron dos escéntricos notables. Habiendo tenido el segundo la estravagancia de domesticar una murena, de adornarla con alhajas, de llorar su muerte y de honrarla con un sepulcro, el primero le hizo cargos por ello, y pretendia degradarle de su clase; pero Craso, hábil orador, demostró, defendiéndose, que Domicio era de tal manera sabio, que habia perdido tres mujeres sin derramar una lágrima, y este elogio de su acusador le valió la absolucion y estrepitosos aplausos.

Un senador propuso cierto dia que se anulasen las asambleas en que cualquiera de los *concurrentes estornudase*. Milon, desterrado á Marsella por la muerte de Clodio, daba gracias á Ciceron por no haber pronunciado su defensa, pues de otro modo no hubiera comido los esquisitos barbos de aquella ciudad. El testamento de Claudio Isidoro, ofrece un modelo de escentricidad. Empieza quejándose de su mala fortuna, y de las pérdidas sufridas durante las guerras civiles, y cuando se cree que va á suplicar á su sucesor que acepte por honra de su nombre una herencia de deudas, declara que posee 4,500 esclavos, 5,500 pares de bueyes, 25,000 cabezas de ganado menor, y 600,000,000 de sestercios.

Sometida Roma al imperio, desaparecen las escentricidades, ó mejor dicho, pasan á ser con la libertad patrimonio esclusivo de los tiranos. Asi es que Polion fue castigado por Augusto por haber muerto á un esclavo que le habia roto un vaso, lo cual no impidió que el mismo Augusto colgase de una entena á otro esclavo que le habia comido una perdiz... ¡Felices tiempos...!

R. DE FEDERICO.

LA ALHAMBRA.

I.

Un dia, es decir: *in illo tempore*, el rey de Granada Mohhammet-Al-Hhamar-al-Nazar, el *Vencedor* y el *Magnífico*, encontrando pequeño sin duda á su grandeza el viejo y negro palacio del *Gallo-de-viento* (donde dicen que vivió muy á sus anchas el sabio rey Aben-Abuz) se propuso, segun cuentan añejas tradiciones moras, «*labrar unos alcázares tales y tan maravillosos, que comparados con ellos empalideciesen como la luna cuando el sol la mira, las maravillas no ya de los palacios del califa de Damasco y del sultan de la India, sino los mágicos apartamentos del sabio rey Salomon (Dios sea con él) y aun las portentosas moradas del jardin de Hiram, que ven en sueños los cansados peregrinos cuando reposan bajo la odorífera sombra del oasis, en su fangosa ruta por el desierto. Y ayudado por los genios del aire, de la luz y de la armonía, el poderoso Mohhammet, construyó los incomparables alcázares de la Alhambra.*»

II.

Todos los que hayan leido cuatro páginas de un relato descriptivo escrito por un autor arábigo, todo el que ha

oido contar un cuento á un moro, ó se haya engolfado en el piélago de fantasía de las *Mil y una Noches*, saben ó deben saber hasta qué punto son dados á la ponderacion y á la hipérbole los soñadores sectarios de Mahoma.

Y si no hubieran quedado como un testimonio, de que á veces la fantasía, la exageracion, la hipérbole, son insuficientes para hacer comprender lo bello, los restos mutilados de la Alhambra, si el tiempo y los hombres hubieran acabado de destruirlas, si solo hubiesen quedado sobre la *Cocina Roja*, algunos restos de cimientos, como los raigones en las mandíbulas de una vieja, hubiérase tomado por sueño de la imaginacion oriental la Alhambra, como por sueño se tienen los palacios de Salomon, de Arum-al-Raschid, y de Medina-Azahara.

III.

Voy á procurar haceros comprender en mi relato, cuanto vale bajo su triple aspecto guerrero, simbólico, y sensual, esa joya del arte y de la civilizacion morisca, que corona como una riquísima diadema, la hermosa ciudad que se asienta sobre un jardin incomparable, á los piés de una blanca montaña, bajo el cielo mas claro, mas radiante, mas azul, mas diáfano del mundo: la ciudad á quien los moros llamaban la *cándida y la clara*; la desdichada hermosura que hoy deja ver sus encantos bajo sus harapos de mendiga: Granada, la gloria y la tumba de los Reyes Católicos, el suspiro del Boabdil, la aspiracion dolorosa de las tribus granadíes que desde las montañas del Riff fijan una mirada hambrienta en la costa occidental del Estrecho: esas kabilas originarias de España, á las que solo falta una ráfaga de la pasada grandeza de los árabes, sus abuelos, y un nuevo Tarik, para lanzarse al través de esas ondas y venir á poner á prueba el valor español, sobre su propia tierra.

Pretendo haceros sentir una realidad que parece un sueño.

Pero desconfio de que me creais bajo mi palabra.

Para comprender lo que vale Granada es necesario verla: sentarse á la sombra tupida de un emparrado, al lado de una fuente, en un cármen situado en una altura desde donde se vean la ciudad, el castillo, la vega y las montañas: perderse por la márgen de sus rios, entre gigantescas alamedas pisando flores, escuchando el canto de millares de pájaros, entre el cual se alcanza tal vez una voz fresca, pura, argentina, que entona descuidada el *fandango*, ese canto inspirado por la soledad, por la solemnidad del desierto y de la montaña: es necesario ver aparecer la luna tras la blanca cima del *Veleta*, mas brillante que el sol que ven los que habitan en las regiones del Norte: es necesario que en una mañana de primavera veais aparecer el sol del Mediodía allá por el fondo del valle por donde ruidoso y claro rueda el Genil; que paseis una siesta de verano, en las *Angosturas del Darro*; que vivais un siglo de amor, en dos horas pasadas junto á una reja, escuchando, viendo, aspirando á una granadina, en cuyos ojos brille, cuya morena faz empalidezca la luna; entonces comprendereis lo que valen en Granada el cielo, la tierra y la mujer: entonces comprendereis que ante aquella poesía real, tangible, toda la poesía de la imaginacion es insuficiente, pobre, pálida: entonces podreis entrar en la Alhambra consagrados ya, preparados, educados, en una palabra, para comprenderla, para sentirla, para gozarla.

Porque Granada es el único trono digno de la Alhambra, como la Alhambra es la única corona digna de la hermosura de Granada.

Arrasad la Alhambra, reducidla á polvo, barred'a, y Granada sin ella no será lo que es: la habreis reducido á la posicion de una reina destronada.

IV.

La Alhambra se levanta sobre una colina, que mas baja que las cumbres de la pequeña cordillera de los *Montes del Sol*, formando con ellos un ángulo recto, avanza como un promontorio, hasta hundir su falda entre las casas de la ciudad, por el Nordeste.

Por la izquierda un valle estrecho y suave, cubierto de alamedas, de paseos y de jardines, separa á la colina de la Alhambra de otra colina mas baja que se llama el *Cerro de los Mártires*.

En los dos estremos occidentales de estas colinas se levantan dos torres: la una es la *torre de la Vela* de la Alcazaba de la Alhambra; la otra fortaleza el castillo de *Torres Bermejas*.

Desde este castillo, casi completamente destruido, pues solo quedan de él una torre, un lienzo de muralla, una torrecilla, unos adarves y un cubo, desciende, siguiendo la pendiente del terreno un lienzo de muralla aportillado que termina en la puerta de las *Granadas*, pesada contruccion, del Renacimiento, de piedra berroqueña, en donde termina la pendiente calle de los *Gomeres*.

Desde esta puerta, arranca otro lienzo de muro árabe, aportillado tambien, que asciende por la ladera de la colina de la Alhambra y va á apoyarse en los adarves de la Alcazaba de la Alhambra, al pié de la torre de la Vela.

Esta puerta, que como ya he dicho se llama hoy de las *Granadas*, en tiempo de los moros se llamaba *Bib-Leuxar*.

Bib-Leujar, es pues la puerta del parque, por decirlo así, de la Alhambra.

Pero antes de pasar de esta puerta, os invito á que vengais conmigo, como con un *ciceroni* á que os haga ver la Alhambra en su conjunto, en su cuadro, desde sus mejores puntos de vista.

V.

Volvamos las espaldas á la puerta de las Granadas: bajemos esa calle de Gomeres, cuyo nombre evoca cien bellas tradiciones: por donde la córte granadina bajaba ostentosa y magnífica, al son de las dulzainas, á las fiestas de *Bib-Arrambla*, célebre plaza, por sus corridas de toros, sus cañas, y sus torneos y tambien por sus motines.

Entremos en la plaza *Nueva* y volviendo las espaldas al *Zacatin*; tomemos el centro de la plaza.

Miremos á la altura.

Al frente veremos la cuadrada y robusta torre de la Vela, con su largo cubo avanzado, apoyada del un lado y el otro como en estribos, en las torres de sus adarves: vereis completamente de frente la torre, y sobre su muro, en el centro de su longitud el arco de su campana coronado por almenas: á nuestra derecha, y mas baja, en la misma línea de avance que la torre de la Vela, á poca distancia y mas bajas veremos las torres Bermejas con el fuerte color cobrizo de sus viejos muros, azotados, manchados, lamidos, por el viento y las lluvias de nueve siglos.

Estas dos torres con sus defensas, vistas desde la plaza Nueva (que se llama nueva, no porque sea nueva, sino porque de nueva conserva el nombre, puesto que ya era mayor de edad allá por los tiempos de don Felipe II), estas dos torres, decimos, vistas desde el lugar en que nos hemos colocado, descollando por encima de los negros tejados, de las casas colocadas en anfiteatro, parecen dos viejos centinelas inmóviles que velan por la ciudad: la representacion muda y supervivente de otra civilizacion, de otro tiempo, de otras razas: dos testigos misteriosos de sucesos de novecientos años.

Siempre que me he detenido para mirar esas torres, el tiempo ha retrocedido ante mis ojos, dejándome al pasar por mi imaginacion un mundo de leyendas, de cuentos, de historias en embrion: me ha parecido ver, rodando en oleadas y pasando, una generacion, y otra, y otra, hasta encontrarme, con la vida de la fantasía, en plena edad media, viviendo entre moros, como si corriera para mí el dia, en que aquellas torres se levantaron sobre sus cimientos.

Yo no se si todos mis lectores, colocados en mi situacion verian, sentirian lo que yo he visto, y he sentido, porque cada ser tiene su manera de ver y de sentir.

VI.

Emprendamos nuestra marcha.

Atravesando la plaza, dejando á la derecha el palacio de la *Chancillería*, aventurándonos por la calle de la *Casal alta*, llegaremos á *San Gregorio el bajo* despues de haber recorrido una parte de la calle de *San Juan de los Reyes*.

Torciendo á la derecha, henos aquí subiendo por las pendientes calles del barrio del *Hajeriz*: muy pronto las calles se harán mas pendientes y mas estrechas, y nos encontraremos en el famoso Albaicin: al desembocar de una calle, veremos á la izquierda un hermoso algibe moro, mas allá una iglesia sencilla y blanqueada, con su pequeña torre alzada en el ángulo mas próximo á nosotros: delante de ella un terraplen plantado de árboles, al que por el nombre de la iglesia llaman plazuela de *San Nicolás*: las casas que dejamos atrás y que tenemos al frente, son bajas, pobres, blanqueadas, sin balcones y sin vidrieras, pero saturadas, como casi todas las del Albaicin, de un no sé qué de morisco, que á primera vista se percibe; entremos en la plazuela y llegemos hasta el pretil de su terraplen: sentémonos dejando colgar nuestras piernas por la parte de afuera y empecemos á mirar por abajo.

Un callejon polvoriento á cuatro varas de profundidad: despues una tapia negra y ruinosa; despues de la tapia solares llenos de escombros de casas derruidas, y entre los escombros ortigas, malvas locas, pitas, higueras chumbas (*nopales*); luego casas miserables, despues y hasta cierta estension tejados medio á vista de pájaro: luego una gran masa de vacío, y allá en el fondo un monte, cubierto de árboles, un monte cuya cumbre está cubierta de muros y torres: los muros y las torres de un estenso castillo moruno de los tiempos medios de la dominacion musulmana en España: el castillo de la Alhambra, visto en su longitud de Norte á Mediodía.

VII.

El estremo del castillo por nuestra derecha le constituyen la Torre de la Vela, y su cubo de defensa, que se estiende á su pié como un largo y estrecho basamento: mas abajo del cubo la vertiente áspera de la colina: despues, descendiendo en anfiteatro, las casas.

La Torre de la Vela, el muro que en la direccion de nuestra izquierda, va á unirse con la mocha torre del *Homenaje*, tras la cual se levantan dos altos cipreses constituyen la Alcazaba, la ciudadela, por decirlo así, de la Alhambra: el último recurso en una defensa: la fortaleza sobre la fortaleza: esta alcazaba tiene una poca de mas altura que el resto del castillo: bajo ella, se estienden adarves y en el estremo de la derecha, algunas torres y muros robustos, constituyen el cinturon de defensa de la Alcazaba: hácia la izquierda, despues de la Alcazaba, continúa la caprichosa silueta de la Alhambra: el *Cubo*, el pretil de la plaza de los *Algibes*; bajo este cubo y este pretil, en la parte media de la vertiente de la colina, un tajo enorme, un altísimo derrumbamiento del terreno causado por la corriente del rio *Darro* que lame el pié de la colina: este tajo, este hundimiento se llama la *Terrera de San Pedro y San Pablo*, iglesia cuya torre se ve por cima de los tejados de nuestro primer término: continuando la silueta del castillo, veremos sobre muros y torres chatas, los árboles de un huerto: detrás un ángulo de un bello palacio, el del *emperador Carlos V*, que se oculta trás la alta casa del gobernador de la fortaleza, y sirviendo de apoyo á esta casa veremos una magnífica torre almenada, entre cuyas almenas asoma un tejado: la mayor y mas esbelta de la Alhambra en su parte esterior como en su interior es la mas suntuosa, la mas elevada, la mas rica, la mas magestuosa con sus seis grandes ventanas ojivas, y sus tres agimeces centrales: con su balcon volado con viejo guardapolvo; con sus dos ventanas graciosamente arqueadas cubiertas por un bello transparente de estuco, sobre cada una de las grandes ventanas y de los agimeces centrales: aquella torre sobre la cual gira una veleta en una cruz; que esconde su base entre el verde follage de los árboles; que se avanza magestuosa á la línea caprichosa de los muros; que muestra sus puntiagudas almenas reales; aquella torre que al través de sus murallas de argamasa mas duras que la roca, parece como que transpora algo de régio, algo de magestuoso, algo de magnífico, es la torre de *Comares* ó de *Embajadores*, como mejor queramos: la real torre por escelencia, donde el rey moro escuchaba á los sabios de su consejo, en donde hácia la paz ó declaraba la guerra, el espacio dentro del cual palpitaba el corazon de la monarquía.

Torre de muros lisos y planos, sin un relieve, sin un adorno, matizada por un bello color rojizo, enhiesta y altiva aun á pesar de ser una reina destronada, dejando ver entre sus contra-ventanas abiertas ese inimitable arco árabe de filigrana, y la columna esbelta, y el capitel caprichoso, y por estos arcos el gruesísimo muro, cubierto con su magnífica vestidura de estuco, menuda y caprichosamente labrado y sus mosáicos semejantes á esmalte, produciendo estas bellezas que se dejan ver en detalle, tras el muro liso y robusto, el mismo efecto que produciria un hermosísimo ojo de mujer visto por la abertura de un severo manto.

Cuando estos ricos detalles, se ven desde la plazuela de San Nicolás con el auxilio de un anteojo (mueble del cual debe ir provisto todo viajero en Granada) una comezon irresistible de penetrar en aquella torre, se apodera del alma del espectador, como devora á la imaginacion de un enamorado, el deseo de ver por completo la hermosura de un semblante del que solo ha visto un ojo portentoso.

Y lo mismo acontece respecto á la *Galería* y al esbelto *Mirador de la sultana*, que deja ver sus blancas columnillas, á la izquierda de la torre de *Embajadores* y lo mismo respecto á aquella otra torre que en un ángulo entrante ostenta sus esbeltísimas ventanas, encaramadas allá junto á su rico alero bajo su chato y pardo tejado: y aquellos muros orlados de verdura, aquella torre de iglesia cristiana (la de Santa María) que descuella sobre ellos, y aquella lejana y parda torre con sus soberbias almenas, y sus agimeces y sus triples canalones en los ángulos, vienen á terminar por esta parte, el perfil de la Alhambra, á quien sirve de límite por la izquierda del espectador la profunda quebradura de *Peña partida*, en que nace el monte siempre verde, con sus nopales y sus laureles, en que se asienta el encantador *Generalife*, á los piés de un alto cerro color de sangre, que se llama la *Silla del moro*.

VIII.

Y sobre esta silueta caprichosa é irregular, compuesta de torres, muros, cubos, galerías, árboles, con sus diferentes colores mas ó menos intensamente rojos, donde se conservan los muros primitivos; pardos en las restauraciones miserables é insuficientes de tierra; blancos en alguna parte como la torrecilla del *Mirador de la sultana*, cubiertos de hiedra, como los muros cercanos á la *Puerta de Hierro* (mas bien postigo), *y la Torre de los Picos*; sobre todo esto, decimos, dejando sentir un océano de luz y de aire, á una distancia al menos de cinco leguas, se levanta la blanquísima Sierra Nevada, como si no siendo aquel cuadro verdad, como si aquel castillo, sobre aquella ciudad, sobre aquel verde monte, acompañado de *Generalife*, y dominado por la *Silla del Moro*, hubiera sido concebido por un pintor admirable y hubiera este querido templar la entonacion vigorosa del cuadro, con aquel blanco fondo, con la silueta distante de la sierra, tras la cual se recorta el azul radiante del cielo.

Lo repetimos: Granada es el lugar digno, propio de la Alhambra.

La Alhambra arrancada del lugar en que ha sido construida, valdria infinitamente menos de lo que vale.

Al-Hhamar, el Magnífico, su fundador, fue un grande artista, un gran capitan, un profundo conocedor de los placeres.

Es necesario dar la razon á las tradiciones moras.

La Alhambra es el alcázar maravilloso que no ha tenido, no tiene, no tendrá rival.

(Se continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

A NUMANCIA.

SONETO.

¡Numancia fue! los ecos de su historia
El alma llenan de sublime espanto,
Y de su gran sepulcro el negro manto
A oscurecer no alcanza tanta gloria.
Del pueblo rey afrenta á la memoria,
El pecho enciende en fuego sacrosanto,
Del Bardo popular inspira el canto
Y entreteje el laurel de la victoria.
¡Ciudad insigne! Si el rigor del hado,
Mostrando un dia su severo ceño,
El astro eclipsa de la patria mia,
Para elevarla á su pristino estado
Y sacudir su degradante sueño
El nombre de Numancia bastaria.

RICARDO DE FEDERICO.

UNA LAGRIMA Y UN SUSPIRO.

Nunca ví de tus ojos
Nublarse el puro y trasparente cielo;
Jamás tu seno virginal turbaron
Tristes enojos ó importuno duelo;
Y si es que alguna lágrima perdida
Rodó por tu mejilla sonrosada,
Si es que exhaló tu labio algun suspiro,
Esa lágrima fue cual nacarada
Perla que vierte el matinal rocío
Sobre la blanca flor de los abriles;
Ese suspiro como brisa leve
Que de la rosa el cáliz perfumado
Entreabre, revolando en los pensiles.

MARIANO CARRERAS Y GONZALEZ.

DIEU PROTEGE LA FRANCE.

(HISTORIA DE UN NAPOLEON).

(CONCLUSION)

II.

Retrocedamos.

He dicho que el carruaje se detuvo en la calle del Pez; pero necesito indicar lo que sucedió en el camino. Al brindarle que entrara en la carretela, mi incógnita no se hizo de rogar: colocóse en el testero, yo á su lado, y al frente la vieja que la acompañaba. Pasaron algunos minutos en el mayor silencio: no se oia dentro del coche mas ruido que el de las gotas de lluvia que se quebraban en los cristales, y el martilleo de las ruedas que giraban con una rapidez no consentida por los bandos de buen gobierno, pero no por eso menos natural.

Era preciso decidirse á romper el silencio, y me decidí.

—Señorita, murmuré por lo bajo y no sin alguna turbacion; quizá habré parecido á usted un atrevido; quizá no debí ofrecerla mas que mi paraguas, pero la casualidad de haber hallado tan cerca al cochero.

—¡Cómo! esclamó sonriendo mi bella compañera, ¿conoce usted á ese cochero?

—Conocerlo, no: pero no hay necesidad de...

—Comprendo, ¿usted cree?...

—Si, señora, creo que el cochero conoció mi intencion y se apresuró á poner á mis órdenes, ó mejor dicho, á las de usted este asilo que tan útil y tan grato nos ha sido, sobre todo á mí.

—Bien, caballero, pero mudemos si usted gusta de conversacion; al aceptar su cortés ofrecimiento no he hecho mas que corresponder á un acto de galantería con otro de bondad, y si he consentido que me acompañe es para sacarle de un error y recompensarle un servicio.

—Agradezco lo último, y me resigno á lo primero; error ha sido, y grande, haber pensado, señora, conquistar un corazon por medios tan vulgares, mas pongo á Dios por testigo de que yo aceptaría cualquiera, por arriesgado que fuese, siempre que lograra conducirme á ese fin.

—Caballero, es una declaracion en regla la que usted me hace, y todavía creo que no nos conocemos lo suficiente para que podamos hablar sériamente de ciertas cosas; yo no he visto á usted hoy en ninguna parte, y usted es probable que ignore quién soy y cómo me llamo...

—Si tuviera la felicidad de saberlo...

—¿Por qué no? un nombre pocas veces vale la pena de ser ocultado; el mio es Camila Sandoval.

Advierto entre vosotros esos síntomas que caracterizan la duda; reid cuanto querais, pero os advierto que mi narracion está justificada con pruebas.

—A ver, á ver, gritaron en coro los oyentes.

—Silencio, perjuros; los comprobantes se presentarán al final. Continúo:

Tantas y tan repetidas muestras de deferencia exigian de mi parte una absoluta confianza. Entonces le conté mi historia, mi posicion, mis sueños, y ella lo escuchó todo con alegría, con curiosidad, casi con entusiasmo. Desde aquel momento la conversacion se animó, reimos, fumamos, (fumé yo solamente, pero ella se resignó á sufrir el humo), y cuando llegamos á su casa ya sabia yo que tenia veinte y cuatro años, que era viuda, que su marido habia muerto en un desafío, que fue un calavera, y que ella no respetaba mas autoridad que la de una tia que la habia criado, y la de la buena vieja que la acompañaba, y que se hubiera dejado matar por su señorita.

Esto era lo que habia sucedido cuando paró el coche en la calle del Pez.

Lo confieso con orgullo: en aquel instante mis ojos estaban fijos en Camila, pero mis dedos apretaban convulsivamente el napoleon.

Creí morir de gozo al dar la mano para bajar á mi amiga, y ver en pié junto á la portezuela la figura estúpida del lacayo que me miraba sonriendo y con la cabeza descubierta.

Y es que un napoleon es quizá la realidad de muchas esperanzas, el consuelo de muchas aflicciones, la base de muchas fortunas.

Yo lo creia entonces como vosotros; yo tambien me figuraba entonces que el dinero era la felicidad, y hubiera cambiado toda la gloria del capitan del siglo por uno solo de sus retratos, los cuales adoraba en secreto, por mas que este amor fuese pocas veces correspondido.

¡Un napoleon! hay en Madrid muchas virtudes que se venden por poco mas; muchos aduladores que se compran por algo menos; muchos títulos que se alquilan si lo reciben al contado; y muy pocos corazones que no sacrifiquen al deseo de adquirirlo lo mismo la ilusion de la infancia que el prestigio de la ancianidad; lo mismo el pedazo de la vida que se llama esperanza que el pedazo de la conciencia que se llama honra.

Pronto vereis si he hecho mal al cambiar de opinion.

III.

—Usía dispense, caballero, pero mi ama me tiene prohibido aceptar ninguna propina; la señora de Sandoval es muy rigorosa en ese punto.

—Siendo así, no insisto.

Estas fueron las contestaciones que mediaron entre el cochero y yo, mientras Camila penetraba en el ancho portal de su morada, limpiando al mismo tiempo sus oscuras botas de raso en la fina estera que lo cubria. Mi sorpresa habia sido tan profunda que no acertaba á salir de ella, y tal vez hubiera desaparecido sin despedirme, á no oir la dulce voz de mi amable pareja que me decia:

—Espero me hará usted el favor de subir, caballero; lo contrario seria una falta de confianza que no le perdonaria nunca.

—No se si debo... mis ocupaciones...

—Pueden olvidarse esta mañana.—Andres, añadió dirigiéndose al cochero: la carretela á las seis.

—Bien, señora.

No tuve otro remedio que dar el brazo á mi nueva amiga, y así, despues de haber subido algunos escalones, penetramos en un lujoso salon.

—Usted me dispensará si le abandono un momento, me dijo al entrar, pero voy con su permiso á arreglarme, pues este traje me incomoda un poco; pronto vuelvo.

—Cuando usted guste, la contesté, y se perdió en un gabinete próximo. Hasta entonces no conocí lo raro de mi posicion.

¿Qué deberia yo pensar de aquella mujer? y por otra parte ¿qué pensaria ella de mí? Sin saber por qué mi corazon se inclinaba hácia el suyo. ¿Lo habia comprendido y trataba de burlarse jugando con mi corazon? Esta idea la turbado hasta hace muy poco la tranquilidad de mis sueños.

Apenas trascurriria un cuarto de hora, cuando Camila volvió á presentarse en el salon. Me pareció mas hermosa que antes: habia dejado el traje serio y vestia una bata de seda listada, sujeta á la cintura con un cordon azul, del que pendian unas borlitas de seda y plata. Sobre su cabello, negro como sus ojos, ceñia un elegante adorno, y su breve pié despojado de la estrecha bota, se escondia en unas babuchas de raso blanco bordadas de flores, que pudieran, por lo bellas, engañar á mas de una mariposa.

Sentóse en una butaca, no lejos de la mia, y yo dí principio á la conversacion.

—Señora, murmuré, ignoro cómo esplicar á usted mi sentimiento y cómo alcanzar su disculpa; lo que he hecho ha sido seguramente muy poco meditado, pero no dudo que usted hará justicia á mis intenciones, templando así el pesar que me causa el que nos hayamos conocido por tan breves momentos, y el mayor aun de que tal vez no volvamos á vernos.

—Caballero, si alguno debe disculparse de los dos, no es usted seguramente; un acto de galantería y de consideracion no necesita disculpa; lo que podria necesitarla es el haber abusado de usted hasta el estremo de ruborizarle delante de un cochero, y aceptar una oferta que usted hacia de buena fe, y que yo no podia admitir sino con segunda intencion.

—De cualquier modo, la casualidad que nos ha reunido, ha sido una casualidad funesta para mí, pues ya no olvidaré en adelante un nombre que ha dejado un eco en mi alma.

—Yo no le pido á usted que lo olvide: consérvelo si le place como prenda de mi amistad con la que puede usted contar eternamente.

—Gracias, señora, gracias; yo procuraré á mi vez hacerme digno de merecerla.

—Al llegar á este punto, una de las puertas de salon se abrió, y dió paso a un criado de librea, que dijo con voz respetuosa.

—Señora, cuando V. S. guste.

—El almuerzo nos espera, vamos.

Y me llevó con atraccion irresistible hasta el cercano comedor.

El reloj que habia sobre la chimenea señalaba la una. ¡Cuántos sucesos en dos horas! Mi cabeza era un volcan creia amar á aquella mujer con delirio, y aquella mujer me parecia un imposible. Hasta hubo momentos en que recordando la causa de mi aventura, esclamé casi poseido de la rabia:—¡Maldito napoleon!

IV.

—¿Necesitaré referiros nuestra conversacion durante el almuerzo? Lo creo inútil, basteos saber que se habló mucho y bueno, y que al dar las dos aun no habíamos abandonado la mesa. A fuerza de preguntas y de observaciones llegué á formar mi juicio sobre el carácter y las ideas de Camila. Amaba el lujo, pero odiaba la aristocracia; su corazon abierto antes de tiempo á las ilusiones y á los deseos necesitaba placeres mas dulces, menos efímeros que esos placeres del gran mundo que solo halagan la vanidad y el amor propio, pero que ceden ante el sentimiento, y se estinguen ante la idea de la duracion.

Camila habia sido víctima de las preocupaciones de la alta sociedad y niña aun se unió á un hombre que nada le podia dar en pago de su amor; hombre frívolo, inconstante, esclavo solo de la moda y el vicio; de esos que arriesgan 1.000,000 por la valentía de un caballo que ha de correr en el hipódromo y no arriesgan un real por la virtud de una mujer que deshonran á los ojos del mundo.

Por fortuna á los tres años de su matrimonio que no lo habia sido mas que en el nombre, el esposo de Camila fue muerto en un duelo que provocó: su esposa tenia entonces diez y nueve años. Sintió su pérdida como debia sentirla una mujer honrada, pero se consoló pronto porque era jóven, y su enlace le habia servido de provechosa enseñanza para lo futuro. Entonces abandonó su casa, viajó por el estranjero algun tiempo, acompañada de su tia, y volvió con el firme propósito de consagrar su vida á un hombre que anhelara hacerla feliz, y al cual á su vez, pudiera descubrir los tesoros de cariño y de ternura que guardaba en su corazon.

Esto fue lo que aprendí en el almuerzo y lo que ella me dió á entender con sus palabras.

¿Era yo el hombre que ella deseaba? Este problema es el que debe resolverse antes de ocho dias.

Permanecíamos aun en el comedor cuando un criado anunció al conde de...

—Que pase aquí dijo Camila al criado, y luego volviéndose á mí murmuró:

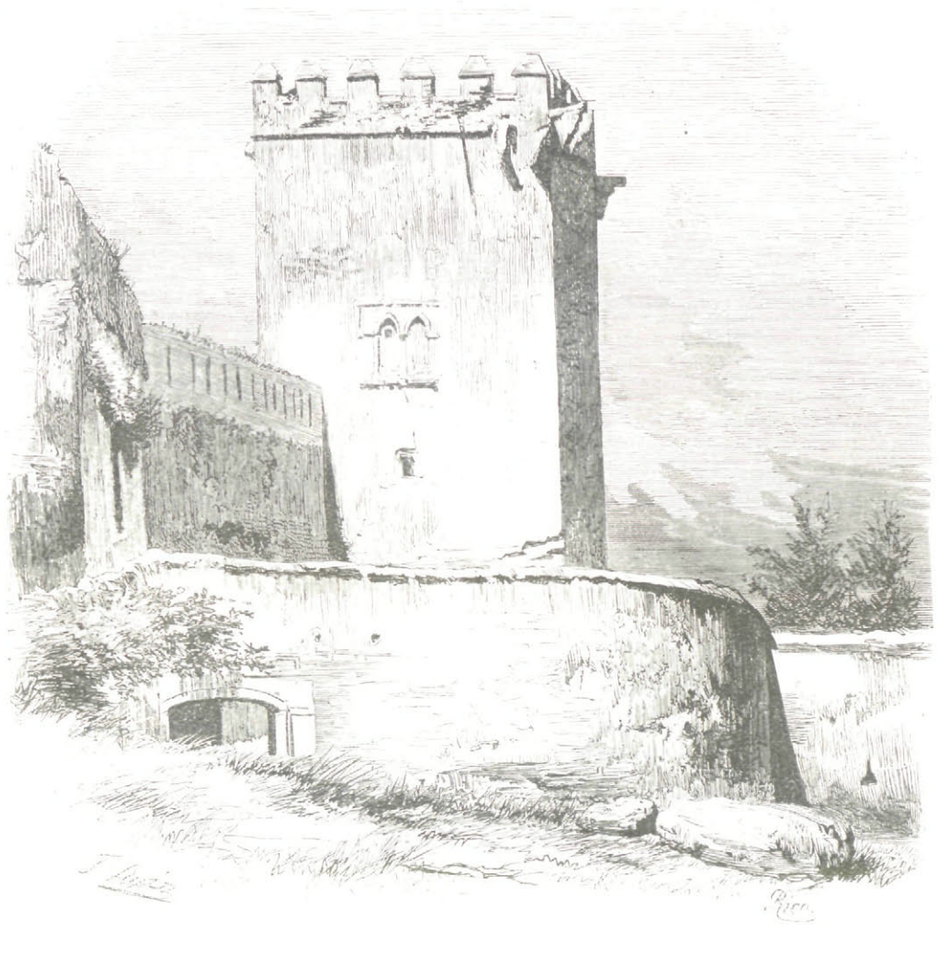
—Mi primo, un fátuo de los que abundan en los salones, que tiene la necia presuncion de creer que le amo, y la gratitud suficiente, segun dice, para corresponderme.

El conde apareció en el dintel de la puerta.

Sin ser feo, tenia su figura un no sé qué de estravagante que inspiraba risa; era pequeño, enjuto de ojos rasgados, pero casi sin brillo y su rostro estaba rodeado de una barba oscura y rizada que formaba un raro contraste con su cabello lácio y partido en mitad de la frente.

—¡Amada prima! esclamó despues de saludarme con una ligera inclinacion de cabeza; supongo que estarás enfadada conmigo por los tres dias que han pasado sin venir á verte?

—No por cierto, no he pensado en semejante cosa;



ALHAMBRA DE GRANADA.—PUERTA DE HIERRO Y TORRE DE LOS PICOS.

por el contrario, ahora mismo hablaba de lo satisfecha que me hallo hace algun tiempo, y aquí está un caballero que no me dejará mentir.

—Puede usted asegurarlo, señora, porque yo participo de su satisfaccion.

—Y á propósito de este caballero, primo, tengo el honor de presentárselo; don Enrique... uno de mis mejores amigos...

—No recuerdo haber tenido el gusto de verlo hasta hoy, interrumpió el conde vivamente.

No es estraño repliqué á mi vez, he conocido á esta señora...

—En el estranjero, dijo Camila concluyendo mi oracion.

Y luego dirigiéndose á mí:

—Presento á usted á mi primo el conde de... grande de España, y que entre otras probabilidades tiene la de ser elegido diputado en las próximas córtes.

—Sin embargo, caballero, no es esa probabilidad la que mas me seduce, murmuró el conde algo picado.

—Lo creo, primo, pero es la mas fundada de todas.

No me quedaba duda; el conde amaba á Camila, y esta le aborrecia: aquello era para mí un triunfo y abusé de él. El probable diputado fue batido en todos terrenos sin consideracion. Afortunadamente para él un lacayo llegó á entregarle una carta que habian dejado en su casa, y que le traian por si era *urgente*. La abrió con rapidez, pero al momento la arrojó sobre un velador, despidiendo al lacayo.

—¿Qué es eso? ¿alguna intriguilla electoral? preguntó Camila con interés.

—Nada, uno de tantos engaños como diariamente se inventan en Madrid para estafar á los incautos, lee:

La jóven tomó el papel y leyó en voz alta:

»Una familia que vive en la calle de las Tres Cruces, número 6, cuarto boardilla, apela á la generosidad de usia para que contribuya con alguna limosna á remediar su miseria, pues la muerte del padre ha sumido en la indigencia á una mujer y cinco hijos de corta edad que no han fallecido ya gracias á la caridad de un honrado artesano su vecino que es el que se dirige á V. S. pidiéndole un socorro que alivie por hoy su situacion.»

—¡Siempre desgracias! esclamó Camila cerrando la carta, no sin haber leido bien las señas de la casa.

—¡Siempre farsas! replicó el conde; gracias que hay ya muy pocos que lean esos papeluchos.

Me pareció no debia prolongar mas tiempo mi visita y me levanté. Camila me tendió la mano y me la apretó diciendo:

—Mañana concluiremos ese asunto que usted sabe. Espero á usted á las tres, si es que no quiere hacerme el honor de almorzar conmigo.

—Gracias, solo cumpliré lo primero, porque me es imposible lo segundo.

Y saludando al conde con frialdad salí de la casa donde habia estado á punto de volverme loco.

Llevé las manos á mis sienes y ardian; las llevé á mi corazon y al pasarlas por el chaleco toqué una cosa dentro de un bolsillo; la saqué, era mi napoleon. Un impulso secreto me lo llevó á los labios y tuve un momento de placer.

¡Hacia tanto tiempo que no besaba á nadie! Y sin embargo, aquel beso era el beso de despedida, porque el napoleon no debia permanecer conmigo mas que algunas horas...

Tenia una mision que cumplir en la tierra y la cumplió.

Ya podeis figuraros cómo.

V.

En la noche de aquel mismo dia recibió la desgraciada familia de la calle de las Tres Cruces una moneda de cinco francos, envuelta en un papel donde se leian estas palabras: «Socorro de parte del señor conde de...»

A la tarde siguiente me presenté como habia ofrecido en casa de Camila. Me recibió con su amabilidad acostumbrada y sin saber por qué giró la conversacion sobre su primo. Me contó lo que yo habia adivinado antes, y yo le referí lo que le esperaba. Celebró mi ocurrencia generosa, y me dió las gracias por esta nueva ocasion que le presentaba de humillar al conde.

Este no se hizo esperar.

Entró en la sala pálido, iracundo, y con una sonrisa entre insultante y desdeñosa, me dijo sin saludarme:

—Caballero, sabia que encontraria á usted en este sitio y he venido á buscarle.

—¿En qué puedo servir al señor conde? respondí á mi vez con una calma que le contuvo.

—En mucho; he sido víctima de una burla grosera y deseo que me ayude usted á buscar al autor de ella.

—Dentro de dos horas tendré el gusto de ver á usted en el sitio que me señale, dije á media voz y disponiéndome á partir.

—Corriente.

—Amado primo, esclamó Camila con su risa habitual, supongo que no te ofenderás si te dejo, pero voy en este instante á cumplir un deber de caridad. ¿Quieres acompañarme?

—Gracias, *prima*: tengo dentro de dos horas una cita en la Nueva Iberia y eso pudiera retrasarme. Volveré esta noche, pues tengo necesidad de hablarte.

Y esto diciendo, se alejó con paso precipitado, oyéndose á poco en la calle el ruido de su berlina.

Dos dias despues se leia en los periódicos de Madrid:

«Se habla en las grandes reuniones de la córte de un duelo que debió verificarse ayer, y que se ha suspendido por la desaparicion de uno de los contendientes. A su tiempo daremos mas pormenores de tan estraño suceso.»

Vosotros sabeis muy bien que yo no he abandonado mi casa; por tanto es inútil deciros que el conde fue el que no asistió á la cita. En cambio, me remitió desde Burdeos poco despues una carta en que me decia: «Si mi prima me hubiese amado, me hubiera batido con usted á muerte, pero cuando supe no solo que me aborrecia sino que hacia mofa de mí, no quise darle el gracioso espectáculo de un duelo, que cualquiera que fuese el resultado, *redundaria en perjuicio mio*. Ademas, tengo la seguridad de que la burla de usted fue preparada por ella y reservo mi venganza para otra ocasion.»

—Esta es la historia; me parece que tanto el principio como el último episodio no dejan de tener originalidad, y por lo tanto apodérese de ella el que quiera y cuéntela al público, aunque teniendo cuidado de ocultar los nombres.

—¿Y el final? digeron todos los concurrentes.

—Carece de él, contestó Enrique sonriendo.

—Pero, ¿y Camila?

—Buena; la veo casi todos los dias y nuestros amores no son ya un misterio para nadie.

—Queremos conocerla.

—Bien: ya sabeis sus señas; solo os añadiré para mayor claridad que la podeis ver todas las noches, pues está abonada á un palco bajo del teatro Real.

—¿Y te casarás con ella?

—¡Imbéciles! eso no se pregunta jamás á un jóven pobre, *enamorado de una viuda rica*.

—¿Y no has vuelto á saber del primo?

—Hace cuatro dias: ¿no os acordais de haber oido decir que una de estas últimas noches fue acometido por dos ladrones un caballero que venia de viaje y que solo debió su salvacion á otro que se presentó en el momento en que trataban de asesinarle, y que logró ponerles en fuga?

—Es verdad, lo recordamos.

—Pues bien, el conde y yo éramos los dos caballeros.

—¡Qué mal rato pasaria!

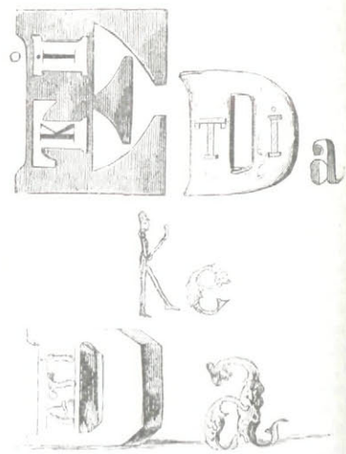
—Al contrario; me abrazó despues del suceso, y teniendo ya noticia de mi próxima boda me ha suplicado le permita ser uno de los testigos.

—¿Y Camila, qué dice?

—Camila como todas las personas que tienen corazon y talento, cree que las dichas de este mundo son como los premios de la lotería; todo el que juega piensa que su número será probablemente el agraciado, pero lo *cierto es que solo un milagro de Dios puede convertir en* realidad las probabilidades.

MANUEL DEL PALACIO.

Geroglífico.



La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1860.